

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

• FRANQUEO
CONCERTADO

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

• FRANQUEO
CONCERTADO

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

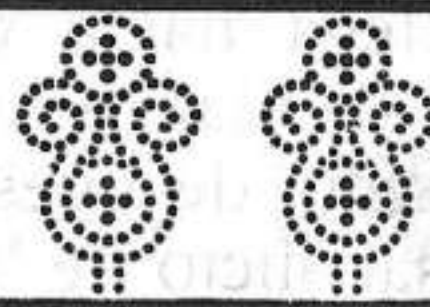
"Este precepto os doy: Amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
San Bernardo, núm. 131, 1.º
GIJÓN



CARNAVAL



Aquel loco de Cuevas no tenía atadero.

—Este chico es un ciclón—decía muy sofocada D.^a Eustaquia mientras recogía los restos de una botella de cristal hecha añicos por su revoltoso huésped.

Terminará mal, terminará mal—añadía sentenciosamente D. Dimas, viejo solterón, veterano en la casa.

Y Pepe, Luis, Samuel y Joaquín, repetían a la vez:

—Mal, mal.

Y añadían atropelladamente:

Hace un mes que no aparece por la Universidad.

—Ayer empuñó la capa.

—El otro día se pegó en la calle con el mozo de cuerda de la esquina, a quien quería ahorcar con su misma sogá por «parásito».

—¡Horror! exclamó D.^a Eustaquia.

—Malo, malo—añadió D. Dimas.

—Y qué es un parásito—preguntó D.^a Eustaquia.

Todos miraron a Cuevas, entreteñido en mordisquear un palillo mientras pasaba el chubasco.

—Pero ¡por Dios, D.^a Eustaquia!—exclamó Cuevas.—¿En pleno siglo XX pregunta usted qué es un «parásito»? Bien dijo Kant, ese imbécil a quien cita todos los días en clase don Romualdo, que la cultura y las patronas son cosas antitéticas. Alumbraré su intelecto. Un «parásito» es un sér parado. Ejemplo: el mozo de cuerda de la esquina... Claró está (aquí Cuevas adoptó la voz y el ademán de D. Romualdo) que si vamos a hacer caso a los naturalistas, parásitos son aquellos seres que viven de otros. En este caso usted, señora mía, es un «parásito»... que vive de nosotros. ¡Y siento no tener una cuerda para ahorcarla ahora mismo!...

Estallaron ruidosas las carcajadas de los estudiantes, que veían ya ahorcada y columpiándose en la horca a doña Eustaquia. Reía también la bonachona mujer, y entre serio y risueño exclamaba D. Dimas:

—¡Es el mismo diablo!

—El diablo, no, don Dimas. Ese es

otro «parásito»... un poco temible, y yo no quiero bromas con él.

—Eso, eso; usted no quiere bromas con él—repuso D. Dimas.—Lo que no quita para que todo el año se entregue usted al diablo en alma y cuerpo. Y sobre todo estos días de Carnaval. Veamos: ¿Qué va usted a hacer mañana?

—¿Mañana? Y pasado y al otro. ¡Correr el Carnaval! ¡Disfrazarme! ¡Divertirme! Ser feliz siquiera tres días.

—¿Feliz? ¡Pobre chico!

Y la conversación giró en torno del Carnaval. Cuevas estaba decidido a disfrazarse y «correrla». ¿Le acompañaba alguno? ¿No? Pues peor para ellos, que se aburrirían «como ostras».

—Hasta mañana, señores—dijo Cuevas, levantándose de la mesa.

Y los demás estudiantes bajaron la voz, planeando en regocijado cuchicheo algo misterioso para el día siguiente...

* *

Muy solícitos ayudaban a dar la última mano al disfraz de Cuevas,

—Vas muy bien, chico—exclamaron los estudiantes a una.—Nadie te conocerá. Puedes hacer diabluras a tu antojo. ¡Eres un Pierrot ideal!

Cuando Cuevas, entusiasmado por el elogio, abrazaba a sus compañeros despidiéndose, una mano alevé prendió en su espalda un aacrtelito que decía: *Soy Manolito Cuevas*.

—¡Adiós, Manolo!

—¡Mucha suerte!

—¡Que te diviertas!

—¡Ya nos contarás!

Cuevas, en la escalera ya, gritó:

—¡Salud, pollos!

Una risotada fresca y juvenil resonó arriba, al cerrarse la puerta.

* *

Vibraban las calles y plazas de la capital con un sordo rumor de oleaje, y una muchedumbre grotesca de enmascarados de todo pelaje desfilaban en incesante flujo y reflujo entre cantos y aullidos salvajes.

Cuevas miró un momento en torno suyo. ¿A quién bromearía? ¡Oh! Allí iban las niñas de Núñez, y se acercó con una cuchufleta en los labios... Después dijo, atiplando la voz:

—Lulú, Mimí, Totó... ¿me conocéis?

Y Lulú, Mimí, y Totó, en el momento que Cuevas echó a andar delante de ellas, exclamaron:

—¡Tú eres Manolito Cuevas!

Le habían conocido. ¿Cómo? No lo sabía Cuevas. Pero a partir de aquel instante su turbación fué en aumento. No solamente las personas conocidas exclamaban:—Ahí va Manolito Cuevas,—sino todo el mundo repetía su nombre. ¿Cómo explicarse aquéllo? Era para volverse loco.

Cuevas, el travieso y desenvuelto Cuevas, se inquietó sobremanera. ¡Estaba haciendo el ridículo! Todos le conocían...

De la turbación pasó al tedio, y sintió deseos de huír, de ocultarse en algún sitio.

Al emprender el camino hacia su casa vió venir a uno de sus catedráticos. Rápidamente giró sobre los talones y penetró en una iglesia próxima.

* *

Cuevas respiró. La iglesia, una humilde capillita dedicada al Cristo del Perdón, estaba desierta.

Cuevas llegó hasta sus pies y maquinalmente se arrodilló. ¡Cuánto tiempo hacía que él no se arrodillaba ante Cristo! Todo el que había pasado desde su ya lejana salida del Colegio.

Pero Cuevas de rodillas no se le ocurrió rezar. Estaba lleno de su inquietante interrogación: ¿Cómo me ha conocido todo el mundo?

De allí a poco ante la vista de Cristo crucificado, dolorido, afrentado por los pecados de los hombres, pensó Cuevas:

—Me conocen todos, todos... ¡Tú también me conoces, Jesús mío! Todos, todos me conocen, ¡menos yo!...

Y en un acto encendido de amor y de arrepentimiento de toda su vida disipada y pecadora, Cuevas quedó desconocido para siempre y para todos.

* *

Muchos años después de este verídico relato, Cuevas, cargado de años

y de virtudes, enseñaba a sus nietos en el fondo de un arca el traje de Pierrot y el cartelito famoso.

—Esto perteneció a Manolito Cuevas, un niño muy malo que una tarde de Carnaval, a los pies de Cristo, tuvo la fortuna de conocerse a sí mismo.

Los pequeñuelos abrían desmesuradamente sus ojos azules, apretándose entre sí, temerosos, como ante los restos de una espantosa tragedia...

G. REQUEJO VELARDE

En las trincheras

Aquel domingo, me decía el joven médico, bajaba del sombrío horizonte una tristeza que abatía y nos ensombrecía el alma. Hacía frío y el cielo gris y helado parecía blindarnos el corazón y hacerlo impenetrable a los alegres pensamientos. No podíamos ya reír, porque demasiados muertos descansaban junto a nosotros, demasiados compañeros segados en un ataque sangriento que habíamos rechazado, pero ¡a costa de qué sacrificios!

Fué preciso enterrarlos en el terraplén, y nuestros pechos, al disparar, se apoyaban en su tumba con fúnebre contacto.

¡Domingo! y nada para animarnos, para levantarnos por encima de la ensangrentada tierra; nadie para despertar en nosotros el eco de las grandes esperanzas que estimulan el valor abatido y hacen sonriente la resignación.

Los oficiales se miraban y se preguntaban con muda interrogación: ¿Qué hacer para sacarlos de este marasmo que deprime más aún que la lluvia de bombas?

De pronto un saludo alegre, lanzado por una voz fuerte y llena de contento hizo volver todas las cabezas hacia el terraplén de atrás.

Un soldado exclamó:

—¡Ese hombre está loco!, ¡le van agujerear la piel!

Algunos brazos se tendieron en la dirección del recién llegado, visitador temerario, que arrostraba la muerte; brazos suplicantes que con sus gestos traducían el inmenso peligro a que se exponía este viajero de la zona mortal.

El, de pie, sirviendo de blanco a los fusiles enemigos, nos miraba sonriente; luego llegaron hasta nuestro agujero éstas magníficas palabras:

—Buenos días, muchachos; buenos días, hijos míos; *os traigo a Dios*.

Tenía los brazos cruzados delante del pecho y la lluvia de balas hacía flotar los pliegues de su sotana como un viento impetuoso.

Bajó lentamente hacia nosotros. Una serenidad extraordinaria se transparentaba en su semblante. En aquel momento nos traía lo que no pueden dar los hombres: la presencia de Cristo y la consolación de su protección. Por eso cuando hubo puesto el pie en el fondo de la trinchera, todos, incluso los que se creían incrédulos, se postraron de hinojos ante Dios que venía por su intermedio a visitarnos a nosotros abandonados en el umbral de la muerte; pero la mayoría se habían arro-

dillado porque un rayo de la divina providencia había herido sus almas y había hecho brotar la llama de la fe, oculta, en algunos, hacía mucho tiempo.

El sacerdote se encaminó hacia una pequeña mesa, fabricada con groseras planchas. Extendió un corporal, depositó el santo copón en los blancos pliegues y se volvió hacia nosotros.

—Amigos míos, os traigo la sagrada Comunión. Es el Maestro el que viene a visitaros, el Jefe invencible, el que ama nuestra patria en peligro, protege a sus soldados y les otorga la victoria.

Es la salvaguardia de la vida, tan poderosa, que la muerte rozando cien veces mi cuerpo, convertido en custodia suya, ni siquiera lo ha arañado. Venid, amigos, a saludar al Dios de la patria, al Dios que ve vuestros sacrificios y vuestros dolores y llega hasta vosotros para consolaros y dar la paz a vuestras almas si el cumplimiento de vuestro deber sagrado os exige el sacrificio de la vida.

Se volvió, luego, hacia el Santísimo Sacramento, y apoyando las manos sobre la trinchera, lo adoró en silencio. Todos detrás de él se habían postrado; sólo permanecía inmóvil el soldado de guardia en el terraplén, pero su actitud gallarda, su mano apretando crispada el acero, decían con elocuencia que también él presentaba armas y veneraba la presencia de Cristo, que había bajado a la oscura trinchera para bendecirlos y reanimar sus corazones, víctimas de la angustia.

Uno a uno fueron recibiendo en sus pechos al Dios de los Ejércitos reanimando la tristeza de aquellos seres que hace poco esperaban abatidos la muerte que había llegado ya para otros de sus compañeros.

A todos les dió después la bendición con el mismo copón que guardaba el cuerpo de Cristo, el Dios de los fuertes.

La melancolía y las tristes ideas habían ya desaparecido y el optimismo y el valor renacían con más fuerza, dispuestos al cumplimiento del deber que la Patria les exigía.

El centinela dió la voz de alarma y los cuerpos, los fusiles y las armas de todas clases corrieron presurosos al puesto de combate.

En el terraplén las ametralladoras herían el aire y lanzaban al viento la nota ardiente y presurosa de la guerra sin cuartel.

Fué una carrera desenfundada hacia la trinchera pero sin desorden ni desconcierto. Cada uno trepaba por el muro de tierra y ocupaba su puesto en el combate, con la calma desconcertante que es una de las primeras virtudes guerreras. Todos al pasar recibían la bendición del sacerdote, que levantando el copón pronunciaba las palabras litúrgicas:

—*Benedictio Dei omnipotentis...*

Cuando hubo saltado fuera el último de los combatientes el sacerdote colocó el Santísimo en la mesa y solo en medio de la tormenta aguardó rezando, el fin del combate.

Mientras por encima de su cabeza se desencadenaba el rayo, el sacerdote imploraba del Altísimo:

—¡Dios mío! Dad a sus armas el poder necesario y recibe en vuestra gloria a los que ahora caen y mueren por la causa de la Patria.

Aquello duró treinta minutos. Poco a poco los disparos se fueron alejando; los tiros de fusil, distanciándose y las voces de los soldados se acercaban, mientras se dejaban también oír los gritos de los heridos.

El capellán corrió hacia ellos para auxiliar a las almas que estaban prontas a abandonar los cuerpos moribundos.

En medio del triste cuadro de dolor que presentaba la trinchera el Dios del Calvario permanecía allí para aceptar la ofrenda voluntaria de los sacrificios expiatorios.

Los heridos levantaban su cabeza para reanimarse en la contemplación del Dios que había padecido también los dolores de cruel martirio... y los moribundos, recogían sus últimas fuerzas para saludar, dando el último suspiro, a quien había muerto también y con dolorosa agonía... por pecados ajenos.

Entre tanto, el sacerdote bendecía en nombre de Dios a aquellos pobres seres, víctimas del cumplimiento del sagrado deber y sus labios iban repitiendo:

—*Benedictio Dei omnipotentis...*

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

—Hemos hallado al Mesías.

Y le llevó a Jesús, el cual fijó en él su mirada y le dijo:

—Tu eres Simón, hijo de Joná. Tu te llamarás «Cefas».

Y se sorprendió Simón grandemente al ver como Jesús el Nazareno había adivinado su nombre.

Y otro día Jesús salió para Galilea siguiendo por el Jordán donde encontró a Felipe, natural de Betsaida.

«Díjole Jesús:—Sígueme».

Y le explicó por qué y para qué y quien era él y sus designios.

Mas tarde Natanael hombre distinguido y docto se acerca también, invitado por su amigo Felipe. Y cuando le vió venir el Maestro dijo:

—Aquí viene un verdadero israelita en el cual no hay falsía.

—¿De donde me conoces?—pregunta sorprendido Natanael.

—Antes que te llamase Felipe, le dijo Jesús, te he visto cuando estabas bajo la higuera.

En estas palabras de Jesús debió haber alguna alusión a algún hecho secreto de Natanael. Tal vez oraba apartado de la vista de todos o tal vez hacía alguna buena acción sin testigos, puesto que sorprendió mas aún al docto israelita y le hizo exclamar:

—Maestro, tu eres el hijo de Dios, tu eres el Rey de Israel...

Y la luz de la fe llegó a su corazón. Sus ojos habían contemplado la verdad y su corazón y su inteligencia se rindieron llenos de emoción.

De nuevo comienza un periodo de tiempo en el cual la Iglesia nos da ocasión de meditar el importante y transcendental problema del alma.

A través de estas siete semanas, infinitas

veces hemos de escuchar la voz de Dios que nos dice:—*Sigueme*.

En las distintas tandas de ejercicios espirituales que se nos presentarán, oiremos la voz de Dios, que una vez más nos brindará la oportunidad de rectificar nuestra vida y encauzarla por derroteros más en consonancia con nuestro destino humano.

Vivimos con la indiferencia absurda de que no es para nosotros la ley de Dios y como si nunca nos hubiéramos de morir. Nuestra vida terminará en una primavera, en un invierno o en cualquier época de un año que no sabemos cual ha de ser. Fijo está ya ese día y la hora en que hemos de terminar nuestro peregrinar por la vida. Podemos estar seguros de que ese momento que ha de llegar no será precisamente en el momento más oportuno para nuestros planes humanos. La muerte nos sorprenderá a deshor?, sin que ningún plazo se nos conceda para arreglar asuntos terrenos o cuestiones del alma.

Con esta certidumbre estamos viviendo y con esta seguridad del próximo fin, vivimos despreocupadamente la vida, afánndonos por ambiciones humanas y apartando la vista del Dios de la misericordia y del perdón que nos está ofreciendo sus brazos abiertos para recibirnos y perdonar las ofensas que le hemos hecho.

En estos ejercicios espirituales que en retiro semanal o en medio de nuestros quehaceres se nos ofrecen como solución, tal vez única, de nuestras preocupaciones espirituales, se nos repetirá a nuestro corazón la palabra misericordioso de Dios: **SÍGUEME**.

Un año y otro nos la repite. En un ambiente de paz podemos escucharla y aprovechar tal vez, esta **ULTIMA** ocasión.

El quiere perdonarnos, nos ofrece su corazón que en él habremos de encontrar

remedio a muchos males que nos abrumen, pues en medio de nuestras tribulaciones, la fe y la presencia de Dios en nuestro pecho fortalecerán nuestro ánimo, muchas veces decaído por la vida llena de incomodidades y preocupaciones, abrumado por lo incierto de un porvenir que se encierra en el más inquebrantable de los secretos.

De nada nos servirá la indiferencia, porque ella nos llenará de amargura y de triste vacío el alma que tanto necesita de la paz espiritual para sobrellevar la vida material que obsesiona y esperar confiadamente en el fin de nuestra jornada por la justicia divina mucho más justa que la justicia de los hombres.

Pero no perdamos estas semanas de meditación que la Iglesia nos ofrece ni desoigamos la palabra de Dios que nos llama.

Un año y otro año ha llamado a la puerta de nuestro corazón, podría ser que su misericordia tuviese fin y no volviésemos a oír más la voz cariñosa del Maestro que nos dice: **SEGUIDME**.

.....

La llamada de Jesús de Nazaret, fué escuchada por los discípulos que abandonando todas sus faenas, le siguieron.

Con El continuarían hasta su muerte y no eran placeres y alegrías lo que habían de esperar de la compañía del nazareno, sino todo lo contrario; pero no obstante el corazón de aquellos hombres oyeron la palabra de Dios y obedecieron su mandato.

En medio de los sufrimientos y las penas que les esperaban sus corazones se regocijaban porque en ellos imperaba el amor y la fe que Dios mismo les había infiltrado como premio ha haber escuchado su voz. R.

cuando en cuando se volvía y les amenazaba con el puño.

—¡Aquí tiene Vd., señor Juez!... dijeron bruscamente dando el último empujón al que por las trazas traían capturado. Este acaba de robar una colmena...

—¡Es mentira!, gruñó el acusado.

—¡Es verdad!, gritaron a un tiempo los tres denunciadores. Uno de ellos continuó.

—Pues qué ¿vas a negar que te hemos «cogido» en el «Arrospeso» y que allí había una colmena «destrozada»?

—Yo no sé si la habría o no la habría... Ni me importan a mí nada las colmenas. Pero lo que digo es que sois unos impostores, unos calumniadores... ¡Y a ver, señor Juez, si así se atropella a los hombres!

El «tio Manolón» que no se le había ocurrido pedir respeto para su autoridad, aprovechaba aquel careo espontáneo y pasaba su ojo rutilante por las fisonomías de los acusadores y del acusado. A cada negativa de éste volvía el rostro hacia los otros, preguntándoles con entera calma:

—¿Y vosotros que decís?

Sonaban nuevas y más firmes acusaciones y entonces el «tio Manolón» clavaba la vista en el acusado e imperterritablemente le preguntaba:

—¿Y tu qué contestas?

Pues contestaba que todo era una mala voluntad que le tenían; que uno de ellos le guardaba rencor porque antaño, cuando los riegos, tuvieron una disputa sobre quien había de cerrar antes la poza; que el «tio Tano», otro de los acusadores, le había pedido un favor y él no quiso concederselo, que el tercero le buscaba quimera... ¡Por eso! porque eran vecinos, y más de cuatro hambres le tenía él tapadas en otros tiempos...

Vuelta a mirar para éstos el «tio Manolón» y vuelta ellos a afirmarse en lo dicho. El acto mismo del robo no lo habían presenciado, pero estaban seguros por indicios vehementes que él y solo él era el ladrón de la colmena... Hubo un momento de silencio. El «tio Manolón» con el ojo en el acusado, luego que pasaron algunos minutos, habló de esta suerte:

—Tu tienes razón: estos hombres te tienen mala voluntad y sus testimonios son algo dudosos... Además, no te han visto robar la colmena...

—Eso digo yo, señor Juez, prorrumpió el acusado.

—Aguarda y no me interrumpas, dijo el Juez dando con la vara en el suelo. No te han visto robar la colmena y prescindo de ellos y de sus dichos para resolver este caso... Pero si a ellos no, hay un centenar de testigos que te acusan y a los cuales tengo que atender como muy veraces...

—¡A mí! ¿Que me acusan a mí?... ¡Un centenar de testigos!... que vengan, que vengan aquí mismo...

—¡Calla! replicó el Juez con voz solemne, aquí están esos testigos que te acusan... ¿He dicho ciento? Pues mas, muchos mas tengo delante...

Y adquiriendo de pronto el ojo del

CENIZA

¿Me conoces?—gritabas. Para el mundo te haría desconocida aparecer tu careta que aparentaba calma, pero de tu conciencia en lo profundo, Dios conoció tu desconcierto ayer: tu faz cubierta descubría tu alma.

Mas hoy, de aquella farsa al darte cuenta, sabiendo que tu Dios te ha conocido, te humillas a sus pies asustadiza; y su mano de tu conciencia ahuyenta la sombra que se pierde en el olvido cubierta con un manto de ceniza.

Para satisfacer por tu pecado empleas el cilicio y el ayuno que te llenan de paz en tu conciencia. El resumen verás de lo pasado en el tríptico triste y oportuno de careta, ceniza y penitencia.

Hermenegildo RODRIGUEZ

LA JUSTICIA DEL TIO MANOLON

Sentado sobre un pesebre, con las piernas colgando y apoyado en larga vara de la justicia municipal, el «tio Manolón», ejercía su cargo con la propopeya que pudo hacerlo Nuño Rasura en los góticos atrios de las iglesias castellanas.

Allí no había doseles, ni estrados, ni mesas cubiertas, ni banquillos para los acusados, ni defensores que embrollasen ni arremetiesen. Todo era sencillo, casi primitivo: un estrado alfombrado de helechos y un juez severo que repartía la justicia menuda sin consultar más códigos que el de su conciencia.

El «tio Manolón» era alto, un poco inclinado por los años, rasurado el rostro y pelo canoso y fuerte. Tenía tapado un ojo con una cortinilla de tafetan verde que ocultaba un hueco de color rosáceo lustroso. El otro ojo, era vivo, penetrante, escudriñador, perspicaz y a veces con lucecillas brillantes como los de las zorras y ardillas.

Tres hombres entraron en tropel en la cuadra, empujando a otro que de

«tio Manolón» reflejos metálicos, como los de una fiera que va a echar la zarpa, añadió con voz aún más grave:

—Desde que habéis entrado en la cuadra vengo observando que todas las moscas se han ido hacia tí y encima las tienes. ¡Esos son los testigos que te acusan de haber robado la colmena! ¡Contéstales si puedes!

El acusado miró su cuerpo todo lleno de moscas, levantó la vista como para querer contestar; pero al fijar sus ojos en el ojo rutilante del «tio Manolón» bajó la cabeza anonadado. Estaba convicto y confeso.

Z

Comentando

Estudio de solfa

En el que su Autor pretende demostrar cómo la música fué inventada por dos gallegos.

Mezquina resulta mi sapiencia para demostrar extremos tales, pero siempre Galicia fué cuna de genios e ingenios, autores donosos y cortesanos, pulidas damas, preclaros varones, doctos clérigos y dómnes y estudiantes rumbo a pesar del malestar de su pobreza.

Así pasa que, cuando el mundo dividido en sesudas investigaciones, pretende adivinar donde nació Colón, se le ofrece un asilo en Galicia para terminar con las discusiones. Y es que Galicia sería o no su patria, pero merecía serlo. Quien dió a la Historia tan esclarecidos nombres, bien pudo darle un descubridor de mundos.

Aturdido con este razonamiento, pienso

que Galicia merece ser patria de todos los grandes, y se me han embotado los sentidos; y amante de la música y obsesionado con la idea del nacimiento del «genovés gallego», la obcecación cubre mis ojos y niebla mi inteligencia. No soy de Galicia ni lo merezco.

En mis investigaciones llegué a la conclusión de que la música tuvo su cuna en Galicia. Los cronicones antiguos no lo dicen (tampoco lo dicen de Colón), pero la voz popular así lo confirma. Lástima que no se conserve más nombre que el de Remigio como el de uno de los dos inventores y se haya extraviado el otro, para para pasar juntos a la posteridad. Quién sabe si futuras investigaciones pondrán en claro el asunto.

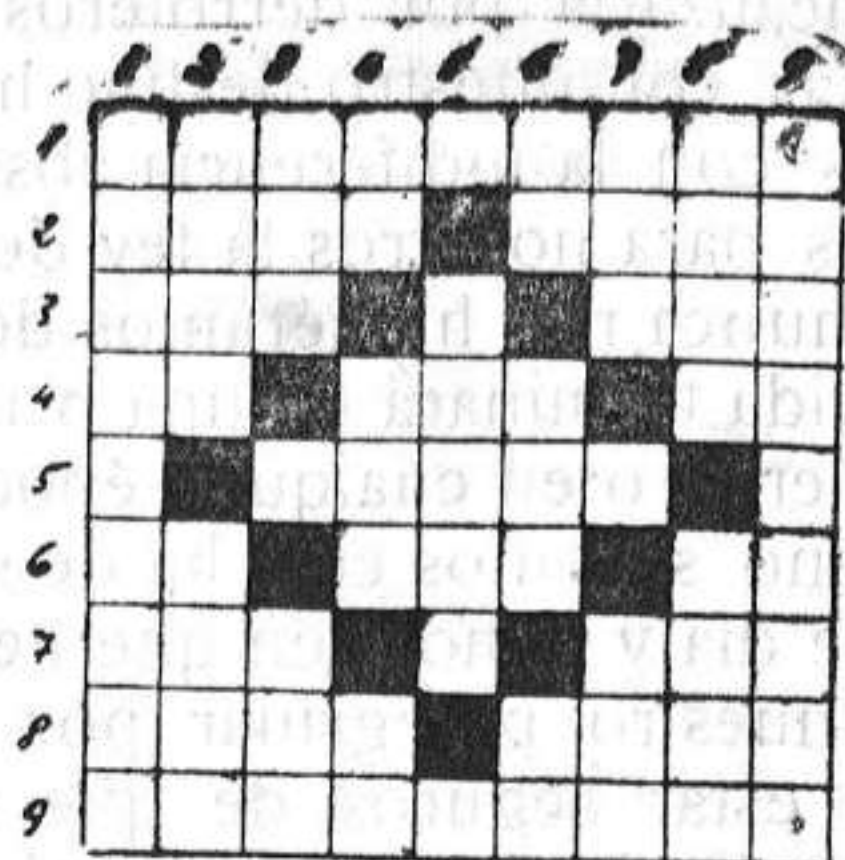
La historia fué así: En un lugar de la Región, ha muchos siglos, un señor ordenó a sus criados cavar un pozo artesiano. Trabajarían día y noche hasta que el amo estuviese satisfecho de su profundidad, y el pozo se hizo muy profundo; tanto, que el sol se perdía y se divisaban las estrellas desde sus entrañas. Un día, era Remigio el que trabajaba fuera del pozo, mientras su compañero, trabajando en la obscuridad de su interior, ignoraba si era día o noche. Y entonces, preguntó:... Señores, descúbranse, que brota el primer arpegio de la música. Si hubiese hablado en castellano, hoy no habría Sociedades Filarmónicas; hubiera dicho sencillamente: —¿Dónde, Remigio, hace sol?—Pero era gallego e inventó la música. Dijo: —Do, Remi, fa sol?—Y Remigio le contestó con el segundo compás de la primera melodía, diciendo, que sol hacía a su alrededor:—Sol, fa mi redó.

Y la música, fué desde entonces, un hecho

HERMENEGILDO RODRIGUEZ

Solución al Crucigrama n.º 12, por Morán
A mis padres sobre todo

Crucigrama núm. 10, por Morán



HORIZONTALES.—1. Librar] de una obligación.—2. Especie de ciervo - Cúmulo de vapor en el aire.—3. Al revés, sujeto-Consonante-Nota, plural.—4. Bebida caliente - Hogar - Al revés, interjección.—5. Vocal - Téla - Vocal.—6. Pro-nombre - Al revés, regalo - Preposición inseparable.—7. Muevo la tierra - Consonante - Al revés, contracción.—8. Al revés, se enteraban - Esaspero.—9. Ciudad de Holanda.

VERTICALES.—1. Loca a causa del amor.—2. Introduce - Al revés, nombre familiar.—3. Nombre de mujer - Consonante - Escuchais.—4. Negación - Composición poética - Al revés, interjección.—5. Número romano - Pretor romano - Vocal.—6. Partícula negativa - Embrollo - Terminación verbal.—7. Interjección ruidosa - Consonante - Refriega.—8. Sacerdote hebreo - Al revés, superficie.—9. Protesta por todo.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

D.^a María I. G.—Piedraceda (Lena), pagó su suscripción del año de 1945.

Srta. A. A. F. V.—Cangas del Narcea, pagó su suscripción hasta fin de marzo de 1945.

La dirección que nos pides es la misma de este periódico: San Bernardo, 131, - 1.º. Saludos de todos.

D.^a R. H.—Cariñena (Zaragoza), pagó fin enero del próximo año de 1946.

PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano y
exclusivo de la Cooperativa Nacional del Clero

JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓVIGO